

PINOCHO

AÑO. V
NUM. 203

25 cts

5 ENERO
1929



- AYER VI ENTRAR AL MÉDICO EN TU CASA. ¿ERA ALGO GRAVE?
- ¡GRAVÍSIMO! ¡VENÍA A COBRAR LA CUENTA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

PO R A L B E R T O O R S E

(Continuación.)

Así transcurrieron algunos minutos. Los prisioneros habían vuelto a caer en su primitivo y sombrío silencio. Luego volvióse

a oír el mismo ruido de hierros. Evidentemente, alguien abría la puerta de la celda inmediata.

—Ese es más afortunado que nosotros —dijo Jaskoff—; a lo menos, no lo dejarán abandonado a sí mismo. Alguien va a verle...

—O más desventurado —murmuró el profesor.

En aquel momento un grito agudo y penetrante atravesó las paredes del calabozo, hiriendo los oídos de los prisioneros.

Los tres dieron un salto. Habían creído reconocer aquella voz.

A este grito sucedió un silencio sepulcral.

Los latidos de los corazones de los tres amigos percibíanse claramente.

El profesor Guthowsky fué el primero que rompió el silencio.

—¿Reconocéis esa voz?

—Sí —respondieron Suwoff y el Pope—, nos ha parecido conocerla... ¿Será posible, Dios mío?

—¡Hablad, pues! —prorrumpió el sabio con acento instigador.— ¿No es esa la voz de Vera?

—Sí; a mí me ha parecido que era su voz —afirmó Suwoff—; pero, ¿cómo puede hallarse Vera en este horrible lugar?

—Habrá sido detenida —respondió Jaskoff—; ese criminal de Godunov habrá conseguido apoderarse de ella.

—¡Es horroroso! —murmuró Suwoff desesperado.— ¿Qué va a ser de ella? Sola y débil en poder de ese infame, sin nadie que la proteja...

El profesor Guthowsky habíase puesto en pie, acercando el oído a una de las paredes del calabozo.

—Sí —confirmó con voz dolorida—, esa es la voz de Vera..., y la otra es la voz...

En aquel momento oyóse una voz masculina, con entonación burlona y sarcástica.

—... es la voz —continuó el profesor— de ese malvado...

—¿De Godunov?

—El malvado no puede ser nadie más que él.

—¡Ah! —exclamó Suwoff con acento de profundo dolor—, ¿qué martirio se dispondrá ese infame a hacer sufrir a la desventurada?

—¡Es espantoso! —añadió Jaskoff, midiendo con rápidos pasos el pequeño recinto.— ¡A dos pasos de nosotros, al otro lado de este muro, se comete tal vez un crimen; nosotros lo presentimos, lo adivinamos, lo sabemos, y asistimos a él con el pensamiento, sumidos en la más dolorosa impotencia!

El sabio no apartaba el oído de la pared. Suwoff y Jaskoff le imitaron.

—La voz de Godunov tiene siempre el mismo acento sarcástico...

—¡Qué desgracia! —prorrumpió Suwoff.— ¡Estás desarmado para siempre, amigo mío! Mientras que nosotros estamos aquí hablando, tu maravilloso laboratorio es pasto de las llamas; tus descubrimientos arden y son reducidos a cenizas, y aun cuando quisieras valerte del formidable secreto, que no le has querido revelar a los «Hermanos del Silencio», no podrías...

El sabio parecía no escuchar las palabras de su amigo, o al menos lo fingía.

—¿Comprendes ahora tu error? —continuó Suwoff con infinita amargura, casi con ira.— ¿Lo comprendes? El infame, que hizo ya un bárbaro ejemplo con José Duda, se dispone a torturar a la pura y bella joven, que fué la prometida del mártir..., y tú tienes que asistir impasible al suplicio, mientras que...

—Calla —susurró el sabio—; esa... esa es su voz... la voz de Vera... La arrogante joven no tiene miedo... está dispuesta a todo..., ¿oyes? Ella encuentra palabras que produce el efecto de un latigazo sobre la maldad de ese hombre... El ruge de cólera... ¡Ah, valerosa niña! —exclamó el anciano con una sonrisa de satisfacción en sus secos labios.— ¡Ah, infame! Ahora llama a sus embriagados cómplices, a los bestiales cosacos, para que asistan a los tormentos que se dispone a infligir a la joven.

A Jaskoff y Suwoff rechinábanles los dientes de cólera y de dolor.

—¡Ah! —murmuró Suwoff, revolviéndose en el reducido calabozo como una fiera enjaulada.— ¡Si tuviese la fuerza necesaria para echar abajo ese muro, pará asaltar a ese calabozo y arrojarle al cuello de ese infame y ahogarlo!

Sólo el profesor parecía escuchar con complacencia la terrible escena que desarrollábase al otro lado de la pared; de cuando en cuando sonreía, a veces lanzaban sus ojos un fugaz relámpago, y luego recobraba su acostumbrada serenidad.

Jaskoff y Suwoff oyéronle murmurar, como hablando consigo mismo:

—¡Animo, ánimo! ¡Desgraciado! ¡Insúltala, amenázala, veremos de lo que eres capaz..., ánimo!

—¡Ah, no! —dijo Suwoff con los ojos llenos de lágrimas, arrancadas por la rabia.— No hace falta excitar a ese monstruo, ni siquiera con el pensamiento... ¡Pobre Vera!, ¿qué será de ti dentro de algunos minutos? ¿Oís? La voz del villano tiembla de furor...; seguramente ha preparado algún nefando instrumento de tortura...

—¡Ah! —exclamó Jaskoff.— Sería preciso que la Europa civilizada viese con sus propios ojos estos horrores... Así comprenderían la santidad de nuestros esfuerzos por impedirlos...

—¡Dios mío! —añadió Suwoff, después de un breve

silencio, durante el cual no llegó ninguna voz desde el otro lado del calabozo—, ¿qué significa este silencio?... ¿Habrá muerto Vera?

—No — murmuró el profesor Guthowsky, que no había apartado su oído de la pared—. Quiera Dios que así sea..., en el momento en que no podamos hacer nada por ella...

Suwoff levantó los brazos en un gesto de desesperación suprema..., agitó los puños en el aire, rechinó los dientes y rugió:

—¡Guthowsky, Guthowsky, qué atroz remordimiento debe de lacerar tu alma en este momento! ¡Ahí, detrás de esa pared, a dos pasos de nosotros, una pobre criatura muere martirizada, y tu loca obstinación te ha privado para siempre del único medio, que solamente tú habrías podido suministrar para sustraer a la pobre víctima de las garras del verdugo...

En aquel momento, como para confirmar las palabras de Suwoff, oyóse un segundo grito, aún más agudo y desesperado que el primero.

—¡No! — tronó la voz formidable del sabio, que habíase puesto en pie, vibrante de un nueva conmoción—. ¡No, no sentiré el remordimiento que tú dices..., y Vera no morirá!

Con la rapidez del rayo y mientras sus compañeros, fuera de sí, mirábanle atónitos, el sabio desnudó el brazo izquierdo hasta el hombro; sus ojos relampagueaban y su fisonomía expresaba una fatal resolución.

—¡Un cuchillo! — murmuró.

Instintivamente sus amigos palpáronse el cuerpo.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—¡Un cuchillo! — repitió el profesor con voz furibunda.

Desgraciadamente, antes de su ingreso en el calabozo habíanles quitado las armas que llevaban.

No tenían ninguna.

En aquel momento, un gemido llegó hasta ellos desde el calabozo inmediato.

—¡Maldición! — gritó el profesor, girando en torno suyo sus ojos por la vez primera con expresión de extravío...

Pero de improviso aclaróse su rostro.

—¡Ya lo he encontrado! — dijo, y con un gesto fulminante acercóse el antebrazo a la boca, clavó violentamente los dientes en la carne, desgarró la piel e introdujo los trémulos dedos en la horrible herida.

Todo esto realizóse con tal rapidez, que ninguno de sus dos amigos tuvo tiempo para impedirlo. La sangre corría sobre el pavimento, manchando los labios del sabio; Suwoff intentó precipitarse en auxilio de su amigo, pero no pudo. Tanto él como Suwoff juzgáronle acometido por un acceso de locura furiosa. Ni les veía ni les oía; le limpió la sangre a un minúsculo objeto, que habíase sacado de la herida, se lo puso sobre la sien y fijó sus ojos en un punto vago del calabozo, que ninguno de sus dos compañeros habían podido determinar.

Jaskoff y Suwoff no sabían qué pensar del extraño e impulsivo continente del profesor. Suwoff había visto muchas veces a su colega en un estado de insólita exaltación; habíale oído hablar enfáticamente y pronunciar frases un tanto oscuras de argumentos metafísicos y abstrusos, pero no recordaba haberle visto sujeto a accesos o ataques epilépticos o epilep-

toides. Así es, que ni el Pope ni Suwoff atrevíanse a acercarse a aquel hombre completamente transfigurado, desconocido, con los ojos dilatados, desmesuradamente abiertos, el cuerpo estirado, los brazos extendidos hacia adelante, en actitud de estar contemplando alguna odiosa escena que escapábase a sus sentidos.

Los labios del sabio agitábanse trémulos, emitiendo breves e interrumpidas palabras, escapándose, por entre ellos, una respiración convulsiva, silbidos ahogados, sordos estertores... Suwoff y Jaskoff habíanse retirado a un rincón del calabozo, con el pensamiento puesto en la salvaje escena que desarrollábase a dos pasos de ellos, en el calabozo inmediato; con los sentidos concentrados en la apocalíptica figura del profesor, presintiendo alguna terrible cosa próxima e inmediata; percibiendo la trágica amenaza, la sangrienta mano del destino oscilando en el aire, sintiendo sobre su rostro un soplo helado y en la sangre y en el corazón un temblor fatal...

El profesor Guthowsky, alto, delgado, espectral, encorbaba ahora la escuálida figura como una jarra gigantesca, replegándose sobre sí mismo como un resorte que quisiera recoger toda su fuerza; había tomado el aspecto feroz de una fiera en acecho, que se prepara al formidable ataque contra la víctima, designada e inconsciente; los ojos relampagueábanle siniestramente, arrojando visibles rayos amarillentos, que hacían espeluznante a sus dos compañeros; éstos habrían jurado que veían el anguloso cráneo de su amigo rodeado de un halo amarillento y luminoso; no hablaban, ni casi respiraban... De pronto vieron que la figura del sabio recogíase aún más en sí misma, y oyeron la voz formidable de Godunov, que profería una terrible blasfemia... El terror, el dolor, la rabia de la impotencia dejaron helados a los dos compañeros, los cuales vieron con infinito y amarguísimo desconsuelo, cómo el pobre loco (pues este era el juicio que ahora merecía el profesor) daba un salto prodigioso, agarrando con la ancha y huesuda mano un punto invisible del espacio, y apretaba, apretaba, apretaba con fuerza, con violencia, con tenacidad inaudita..., hasta que su delgadísima figura doblóse de nuevo, derribándose hacia atrás y cayendo al suelo. Las huesudas, amarillentas y terribles garras seguían estrechando..., estrechando a la invisible presa.

El profesor Suwoff acercóse entonces sigilosamente a su amigo, que parecía estar exánime, y murmuró al oído de Jaskoff:

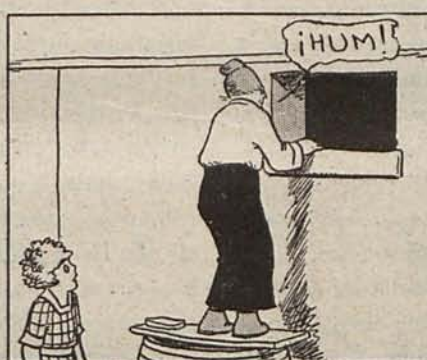
—¡Al fin se le ha pasado el ataque epiléptico!

Entre tanto, en la celda en donde estaba encerrada Vera el trastorno y confusión no eran menores.

Godunov, que al fin veía colmados sus deseos, podía tomarse el sangriento y terriblemente anhelado desquite. El malvado exultaba de gozo al pensar que la desgraciada joven estaba encerrada en la misma celda en donde su amado había lanzado el último suspiro de su pobre cuerpo despedazado; al pensar en las inenarrables angustias que aquella sangrienta evocación provocaría en el ánimo de la prisionera; al pensar en su espanto, en su terror, en sus temerosas dudas acerca de su propio destino.

(Continuará en el número próximo.)

ANITA BUEN- CORAZON





UNA CACERÍA EN EL RÍO MARONÍ

POR E. JALGARI

Desde el penal de San Lorenzo, situado en la desembocadura del gran río americano llamado el Maroní, el más importante de las posesiones francesas

de América del Sur, hasta la cascada del Sparvine, no hay más que sesenta kilómetros, una verdadera miseria, como decía un marino amigo mío acostumbrado a contar por miles de miles las leguas de navegación.

Precisamente, aquella *miseria* fué lo que me tentó. Hacía ya muchos años que un amigo mío, el señor Cardali, un italiano que había ido a probar fortuna en aquella colonia habitada por presidiarios franceses, deseaba verme y pasar algunos días en mi compañía.

Como nuestro barco tenía que detenerse un día más en Cayena para cargar maderas tintóreas, aproveché la proximidad del lugar para hacerme llevar al penal de San Lorenzo, que hoy se ha convertido en el más importante de toda la Guyana francesa.

Después de haber pedido permiso al gobernador para navegar sobre el Maroní, fleté una cómoda chalupa, tripulada por dos barqueros negros de la tribu de los Boni, que no tienen rival en el mundo para navegar contra la rapidísima corriente de estos ríos.

Llevé conmigo a Barsal, un marinero siciliano que me acompañaba siempre que proyectaba cualquier excursión por tierra y... sobre todo para cualquier buena

comida. Obtenido ya el permiso, una mañana salimos bien temprano para no exponernos demasiado a los ardorosos rayos del sol, que en esta comarca son peligrosos y mortales.

Previendo que hasta el anochecer no habíamos de llegar a la cascada del Sparvine, tomamos algunas provisiones, y además creímos conveniente llevar nuestros fusiles.

Pasado la última barraca del penal nos encontramos ya en pleno país salvaje.

A cincuenta metros del penal comienza aquella interminable selva casi virgen, que se extiende sin interrupción hasta las orillas del otro río gigante de América meridional, el grandioso Amazonas.

Sus árboles son inmensos; crecen unos cerca de otros, entrelazando sus ramas y raíces en una confusión indescriptible, y en su mayoría tienen hojas monstruosas y no producen ni el más pequeño fruto.

El hombre que se extravía bajo aquellos colosos del reino vegetal y que no llevara consigo algunas provisiones de boca, pronto moriría de hambre; esto bien lo saben los reclusos del penal, y nunca



JALGARI



intentarían una fuga al través de aquella selva interminable.

Recostados bajo el toldillo de hojas que nos protegía de los rayos del sol, íbamos charlando y fumando excelentes cigarrillos, mientras los dos negros, insensibles al calor, como si fueran revestidos de piel de salamandras, remaban con un vigor y una habilidad que asombraba a mi marinero, hombre acostumbrado a todo.

El río, anchísimo, se extendía ante nosotros serpeando entre las dos márgenes de la selva que le encauzaban. En su mayor parte aparecía cubierto de hojas de *macum*, tan grandes como lanchas y con una superficie de dos metros cuadrados, y a veces mayores aún. Aquellas hojas tan grandes, con los bordes realzados, flotaban a la deriva, y muchas iban cubiertas de unos animalitos que al principio no pudimos observar bien, porque nuestros negros procuraban siempre mantenerse alejados de aquellos flotadores. Les pregunté el motivo, y me respondieron con un ligero silbido; después impulsaron nuestro barco lejos de aquellas hojas flotantes, que, por lo visto, no gustaban encontrar en su camino.

Cuando se sintieron ya seguros, el negro de más edad, que iba cerca de mí, alzó el remo, y después de haberme mirado con cierto embarazo, me dijo:

—*Massa* (1), los indios Okay no quieren que los blancos salgan en este momento del río.

—¿Cómo lo sabes? —le dije con sorpresa.

—Me lo dice el *macum*.

—¿Esas hojas?

—Sí, *massa*.

—¿Son un aviso para los indios?

—Y también son un peligro para el imprudente que se arrime.

—¡Tú te estás burlando de nosotros!

—¿No se han fijado en lo que hay encima de esas hojas?

(1) Señor.

—Unos animalitos que no he podido ver bien.

—No, *massa*. Son serpientes muy venenosas. Ahora verán. Nuestra barca es muy rápida y no nos dejaremos alcanzar de los *macum*.

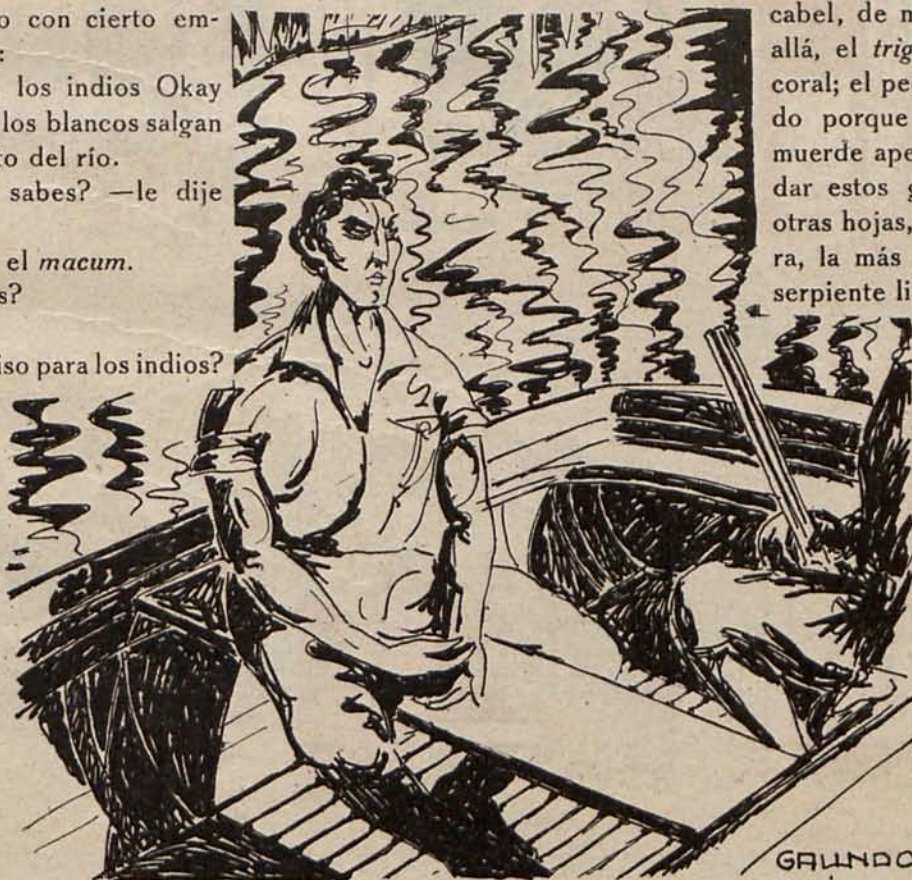
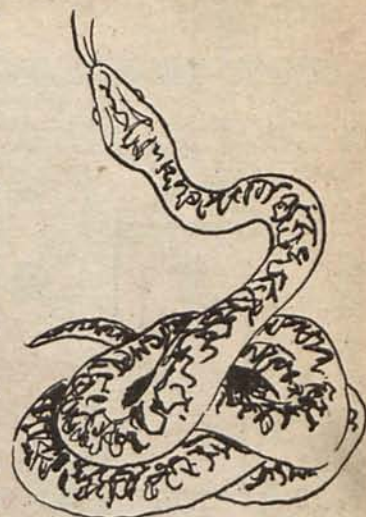
Lo que me decía el negro era cierto.

Habíamos atravesado ya casi medio río cuando nos encontramos con una segunda flota de hojas flotantes. Al acercárenos, hallamos un espectáculo capaz de hacer temblar de espanto al hombre más valeroso. Como el negro había dicho, cada una de aquellas hojas llevaba encima una serpiente. Las había de todas las clases y tamaños, y parecía que iban medio adormecidas, pues no hacían ningún movimiento y estaban arrolladas en espiral.

—Ved ahí tendido a sus anchas, muellemente, sobre su barquichuelo, al terrible crótalo o serpiente de cascabel, de mordedura mortal, más allá, el *trigonocéfalo* o serpiente coral; el pequeño *ai ai*, así llamado porque el hombre a quien muerde apenas tiene tiempo para dar estos gritos y morir; sobre otras hojas, una serpiente cazadora, la más audaz de todas, y la serpiente liana, de tres metros de larga y delgada como el mango de una pluma.

La tripulación de aquella extraña flota descendía lentamente por el río, bien diseminadas o reunidas en grupos, según la fuerza de la corriente y las curvas que describía el Maroni.

(Continuará
en el
número próximo.)



GAUNDO



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿PERO ES QUE HOY
VAMOS A SACAR
TAMBIÉN EL CACHA-
RRO ESTE?

NO HAY MÁS REME-
DIO, CURRINCHE. PA-
RA VIVIR HAY QUE
TRABAJAR

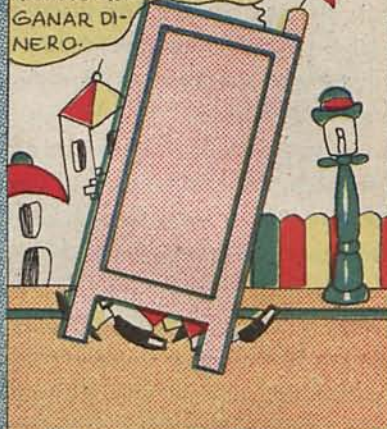


BUENO, ME METERÉ EN EL CAJÓN, PERO
CONSTE QUE YO
ESTOY PARA GUAR-
DAR CAMA, PORQUE
TENGO UN SUEÑO
QUE NO VEO

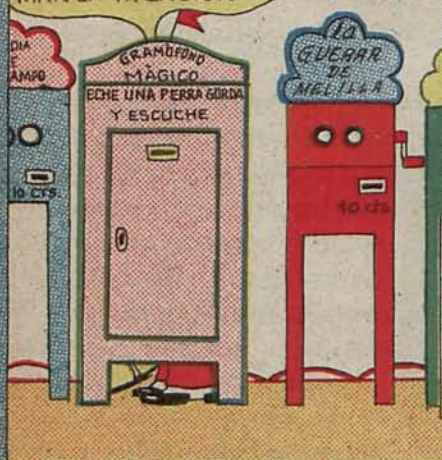
MÁS TENGO YO
Y ME AGUAN-
TO



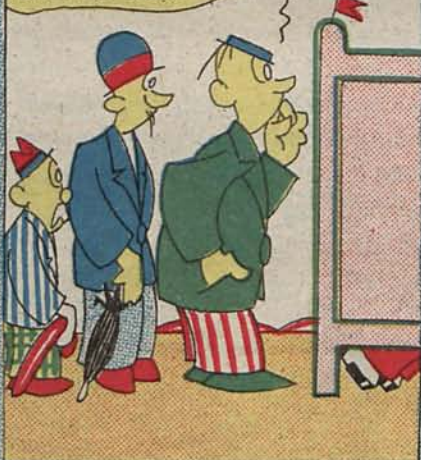
HOY NOS VAMOS A SITUAR EN UN
PUNTO MUY BUENO DE LA VERBE-
NA QUE YO ME SÉ:
VERÁS QUE MODO DE
GANAR DI-
NERO.



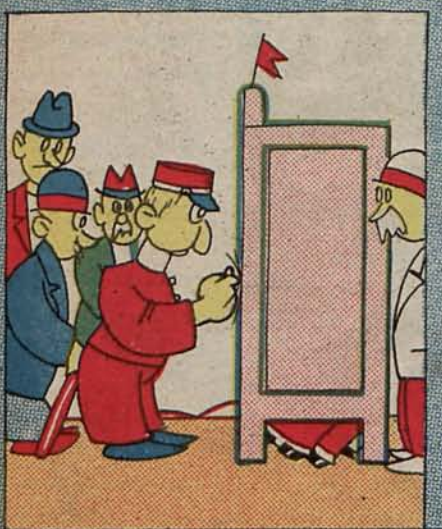
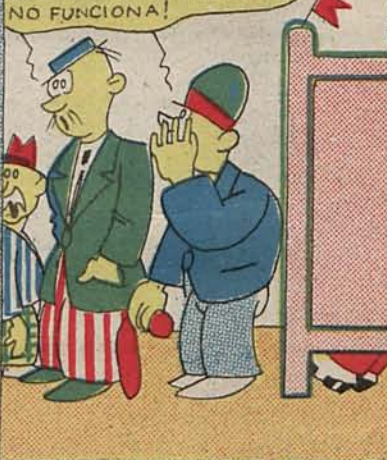
AQUÍ ESTAMOS AL PELO. NUESTRO APARA-
TO VA A SER EL QUE MÁS VA A LLA-
MAR LA ATENCIÓN



¡CARAMBA! ESTO ES RARO. HE ECHA-
DO YA CINCO REALES Y ESTE GRAMO-
FONO NO SUENA



¡AVER! ¡QUE VENGA EL SEÑOR ESE
QUE ARREGLA LOS APARATOS,
QUE AQUÍ HAY UNO QUE
NO FUNCIONA!

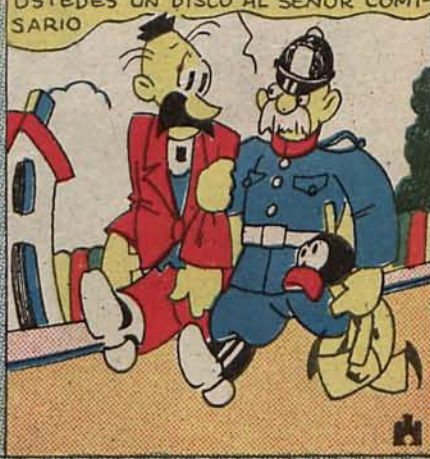


¡ESTO ES UN
CAMELO!

¡VENGA MI PERRA
GORDA!

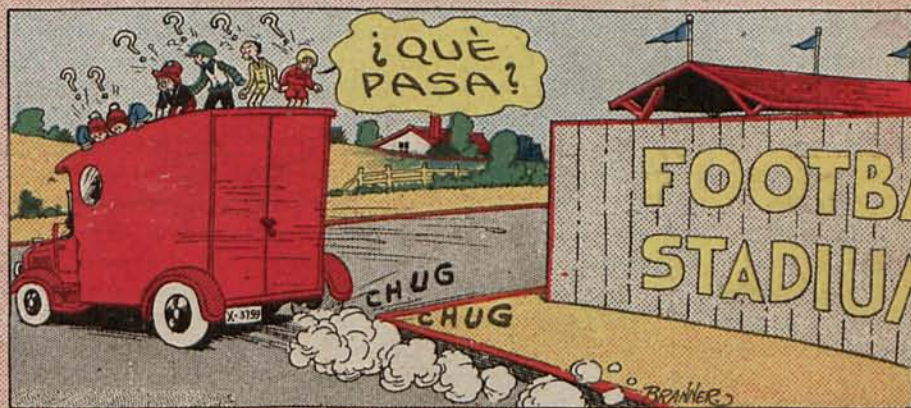


¿CONQUE EL GRAMÓFONO MÁGICO,
EH? PUES AHORA LE CANTARÁN
USTEDES UN DISCO AL SEÑOR COMI-
SARIO





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

CUMPLIR CON SU DEBER

Casillo



NFERMÓ gravemente un rey, y llamando a sus dos hijos les dijo:

—Sólo hay para mí un remedio, y es el Agua Vital, que está en el remoto Castillo Rojo. Si dentro de dos meses no habéis conseguido traerla,

vuestro padre morirá.

El mayor de los príncipes, muy altivo y orgulloso, exclamó al punto:

—Voy por ella, y muy pronto la tendrás.

Se puso en camino, y al llegar a un llano le salió al encuentro un enanillo, que le preguntó:

—¿Quieres decirme dónde vas?

—Donde no te importa, majadero

—contestó el príncipe.

—Pues por, haber contestado tan mal, ahí te quedarás en la hondonada, sin que puedas moverte hasta que yo quiera.

En efecto, a los dos días de camino llegó a una hondonada, en la cual el camino se estrechaba hasta cerrarse por completo. Quiso detener a su caballo, mas no lo pudo conseguir, porque no obedecía al mando, y así llegó a un punto en que se detuvo y permaneció inmóvil. El príncipe le espoleó, pero inutilmente; quiso apearse, mas no lo pudo lograr, y así permaneció, sufriendo el hambre, la sed y todas las demás molestias del cuerpo, durante quince días. Al cabo de este tiempo, el enano se le volvió a presentar, y le dijo:

—Por ahora queda castigado tu orgullo necio. Vuelve a tu país y procura mejorar de conducta.

El hermano menor salió después, y en la misma llanura le salió al paso el propio enano, y le dijo:

—Parece que tienes prisa por llegar a algún sitio.

Miguel, que así se llamaba el príncipe, respondió con dulzura:

—Es verdad, buen hombre; voy muy de prisa, pero es que se trata de la salud de mi padre. Busco el Agua Vital; y aunque no sé a punto fijo dónde está el Castillo Rojo, ni cómo se puede entrar en él, confío en que no ha de faltar alguna buena persona que me lo indique. Si tú lo supieras, te agradeceré me lo digas.

—¡Vaya! —respondió el enano—; ya que has contes-

tado sin orgullo, voy a hacer por ti todo lo que puedo y a enseñarte el camino. Mira: encontrarás una selva espesa. No entres en ella; rodéala, marchando sin vacilar hacia la izquierda, hasta que llegues a una encrucijada, y, una vez allí, tomas el sendero que va hacia la derecha; de este modo, dentro de tres o cuatro días, estarás en el Castillo Rojo, en cuyo patio está la fuente del agua maravillosa. Debes tener en cuenta que el palacio está cerrado por una gran puerta de hierro; pero te bastará tocarla tres veces seguidas con esta varita que te doy para que se abra de par en par.

Apenas hayas entrado en el palacio, se te presentarán rugiendo dos leones, que abrirán sus espantosas bocas para devorarte; pero, en cuanto les echés estos pasteles, se amansarán y te dejarán pasar. Sólo me falta recomendarte que aproveches el tiempo y que saques cuanto antes de la fuente el agua maravillosa que necesitas, porque a las doce en punto de la mañana se cerrará por sí sola, con gran estrépito, la puerta del palacio, y, si no has salido ya, te quedarás encerrado, de tal manera, que yo mismo no podré librarte.

Dió el príncipe las más expresivas gracias al enano por sus buenos informes; siguió al pie de la letra sus consejos, y al amanecer del tercer día llegó al castillo, defendido, en efecto, por una gran puerta de hierro, que se abrió lentamente en cuanto Miguel la

tocó tres veces con su varita.

Apenas hubo entrado en el palacio, se lanzaron sobre él dos feroces leones; pero los apaciguo fácilmente arrojándoles los pasteles, y, apenas los hubieron comido, cayeron en profundo letargo.

De este modo pudo el príncipe recorrer sin temor las espléndidas estancias de aquel soberbio palacio, que excedía en lujo y magnificencia a cuanto Miguel había visto hasta entonces. Encima de una mesa había una espada y un saquito de trigo lleno a medias; el príncipe cogió ambas cosas, presintiendo que le podían ser muy útiles. En la más hermosa de las salas vió una princesa, de belleza tan deslumbradora, que se quedó absorto y cayó ante ella de rodillas. Entonces la joven, que parecía haber estado en un profundo le-





targo, abrió los ojos, y con dulcísima voz anunció al príncipe que, puesto que había logrado llegar allí, quedaba destruido el encanto que pesaba sobre ella y sus vasallos; pero que aún pasaría un año sin disiparse.

—Vuelve dentro de un año —añadió—, y, si he tenido la fortuna de gustarte, te daré con mucho gusto la mano de esposa.

Atravesó de nuevo, aunque en sentido contrario, todos los salones que había recorrido; entonces marchó hacia el patio en que estaba la fuente del Agua Vital; llenó de este precioso líquido su calabaza y corrió a la puerta de hierro, que aún seguía abierta. En el momento mismo que la atravesó sonó la primera campanada de las doce y la puerta se cerró con ímpetu violento.

Dichoso con la idea de que su padre cobraría la salud y con el recuerdo de la princesa, tomó el joven el camino de su casa.

A los pocos días tropezó con el enano; le saludó cariñosamente, y después de recibir las felicitaciones y elogios de éste por lo bien que había cumplido su misión, oyó que le decía:

—No sabes bien lo que vale ese pequeño saquito de trigo y esa espada. Del tal taleguito puedes sacar todo el trigo que quieras, porque no se vacía nunca; y, en cuanto a la espada, bástete saber que con ella puedes vencer un ejército entero, por muy numeroso que sea.

La princesa desencantada hizo poner en el centro del camino que conducía a su palacio un pavimento de oro macizo, rodeado de esmeraldas, topacios, rubíes, zafiros, turquesas y otras piedras preciosas.

—Pronto vendrá el príncipe —les decía a sus servidores—; le reconoceréis en que trae su caballo por el centro del camino, sin reparar siquiera en el empedrado de piedras preciosas. Además, vendrán otros pretendientes; pero éstos se apartarán cuidadosamente del oro y de las piedras preciosas para no estropearlas. A éstos, en vez de dejarlos entrar, os encargo que los despidáis a latigazos.

No se engañó la hermosa princesita. Al cumplirse un año de la visita de Miguel al castillo encantado, un duque se dirigió allí montado en un hermoso caballo, creyendo que para él sería la mano de la joven. Al ver el oro

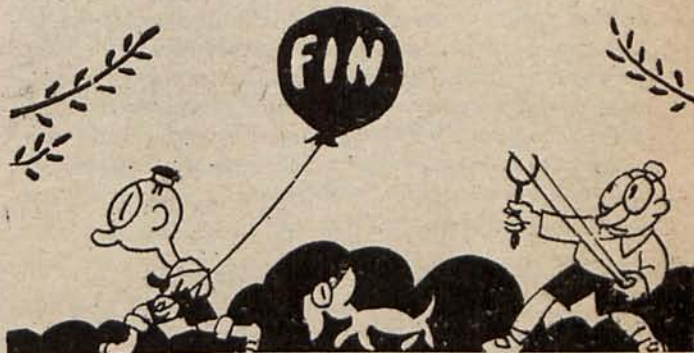
y la pedrería, no quiso pisar aquellas riquezas, que ya miraba como suyas, y desvió el caballo, marchando al lado del camino. Cuando llegó a la puerta principal y pretendió pasar adelante, la servidumbre le cerró el paso, y, como se obstinase en entrar y echase mano a la espada, fué expulsado a palos y a latigazos. Dos horas después llegó un conde más insolente aún, que sufrió la misma suerte, porque los criados observaron que evitaba pisar el oro y las piedras preciosas.

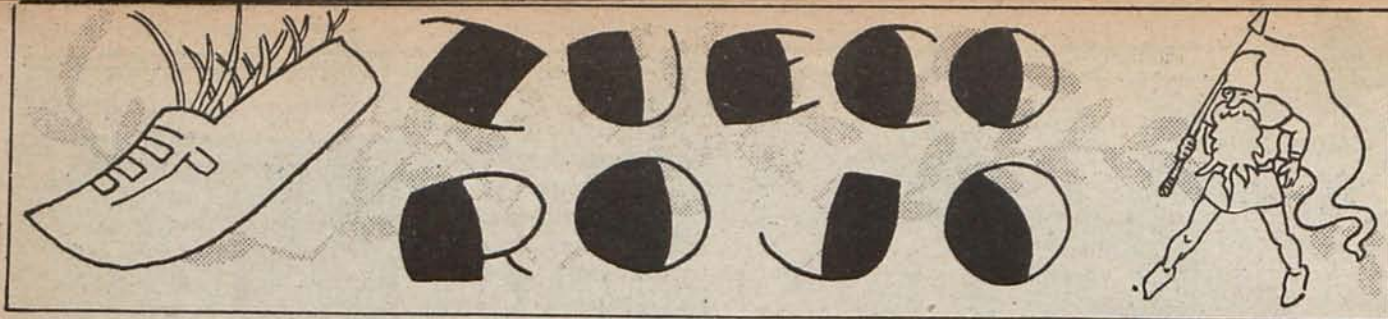
A la caída de la tarde llegó el príncipe Miguel, tan absorto con la esperanza de volver a ver a su adorada, que no reparó siquiera en que el camino era de oro y de piedras preciosas.

Dejó, pues, que su caballo galopara por aquella hermosa avenida; pero cada vez que las herraduras del noble corcel chocaban en el suelo brotaban diamantes enormes de deslumbradores reflejos. Al llegar frente al palacio se abrió de par en par la puerta de honor; a los pocos momentos apareció la princesa rodeada de damas de honor, vestida regiamente y ostentando su belleza angelical.

Aquella misma noche se desposaron, celebrando sus bodas durante muchos días con una magnificencia indescriptible.

Miguel y su esposa fueron proclamados reyes del país, y hubo danzas, fuegos artificiales, fuentes de leche y vino, y en suma, toda clase de honestas diversiones y festejos.





ASI EMPIEZA "ZUECO ROJO", PRECIOSO TOMO DE LA "BIBLIOTECA PERLA"
— ESCRITO POR J. SANCHEZ TENA, AUTOR DE LA SERIE "BARBILÓN" —

RATO hacía que había salido el sol cuando Zueco-Rojo, afianzándose en el brazo la cesta de la comida, cerró con doble vuelta de llave la puerta de su limpia casita, y después de asegurarse de que todo quedaba en orden en ella, desde el rojo tejado cuya erguida chimenea expulsaba de sus entrañas una tenue línea de humo, a las parras que circundaban puertas y ventanas, y a los arbolitos frutales plantados en el diminuto huerto, se alejó a buen paso en dirección al bosque cercano.

¡Y tan cercano! ¡Como que los primeros árboles empezaban a entrecruzar sus ramas a pocos metros de distancia!

Pero en vez de atravesar por las frescas arboledas, torció a la izquierda hasta encontrar las floridas márgenes del río claro, que murmurando y dando rodeos dividía la selva en dos mitades.

Y es que Zueco-Rojo sabía que las brujas son lo más malo que existe en este mundo, y era sobrado juicioso, a pesar de su corta edad (ocho años mal cumplidos), para exponerse a ser cogido por alguna de ellas en cualquiera de las hondonadas oscuras que hubiera tenido que atravesar, de querer abreviar su camino. Su temor, aunque instintivo, pues hasta entonces no había visto ninguna de tan raras mujeres, estaba muy bien fundamentado, y por nada del mundo hubiese cambiado su ruta al llevar la comida a su padre, un robusto leñador que trabajaba en las cercanías.

Sus amigos, enanos, gnomos y duendes, lo sabían y solían gastarle muchas bromas acerca de ello, siendo una de las más corrientes el invitarle a jugar al escondite valiéndose de los recios troncos de la selva, que para tal juego venían que ni pintados.

El muchacho aparentaba no oír y seguía su camino con paso rápido. Entonces, de detrás de las matas de hierba en donde habían permanecido escondidos, de entre las ramas bajas en donde estaban encaramados y desde las mil incidencias del camino capaces de ocultarles, unos cuantos enanos (fáciles de reconocer por su pequeña estatura, su vistoso traje de paño rojo y sus enormes barbas blancas), un tropel de gnomos de cara lisa y brillante como una manzana, vestidos de azul o verde, y un enjambre de alborotadores duendecillos voladores salían a su encuentro y dancaban cogidos de la mano a su alrededor, y finalmente cantaban a voz en grito la canción de la mañana, aquella precisamente que empieza así:

—¡Saltemos y bailemos!
¡Corramos y brinquemos,
que el sol calienta ya!

¡El césped es amigo,
las flores nos contemplan
y es dulce retozar!

La canción continuaba largo rato sin molestias graves, y sólo cuando algún tripudo enano, intrigado por su silencio, le empujaba la cesta de la comida, o cuando algún juguetón gnomo se encaramaba a horcajadas en sus zuecos, estorbándole el caminar, o cuando algún travieso duendecillo subido en una hoja de árbol le tiraba, al pasar, de la pluma de su vistoso birrete, sólo entonces Zueco-Rojo fingía enfadarse y empezaba a repartir algún que otro capón a los alborotados (¡claro está que sin hacerles daño!).

Los traviesos seres adoptaban entonces una actitud más respetuosa, y dejando las bromas para mejor ocasión se interesaban por sus asuntos con cariñosa solicitud.

—¿Te sacaste ya aquella espinita del pie, Zueco?

—¿Pesa mucho la cesta, Zuequito?... Si quieres, te la llevaré.

—¡Toma estas cerezas, te las regalo! ¡Son riquísimas!

—¡Quita de ahí..., si están aún verdes!... ¡Toma estas almendras y verás cosa buena...!

El muchacho respondía a las preguntas y a los ofrecimientos con cara fosca; y aunque probaba de todos los obsequios (para no desairar), no tardaba en despedir a sus acompañantes, diciéndoles con la voz más cavernosa posible:

—¡A trabajar, holgazanes, que ya pasa de la hora!

Los enanos apercibían sus sierras, martillos y destales; empuñaban los gnomos, hábiles mineros, sus picos y sus palas, y sólo los duendes que son libres como el aire no cogían nada. En pocos instantes dispersábanse todos por el bosque.

Seguía Zueco su camino sonriendo y cambiando al paso saludos con las flores conocidas, cuando al llegar al prado Florido, un nuevo grupo, más bullicioso que el anterior, acudía a saludarle rebuznando, mugiendo, croando, gritando y piando con todas sus fuerzas... Se trataba del burro «Cometa», llamado así por tener siempre la cola en movimiento; de «Cuernos», el sesudo ciervo de ojos húmedos; de «Mano Ancha», el irascible pato; de «Plumero», la vivaracha ardilla; de «Orejas», la sentimental liebre, y de «Pipí», el alegre jilguero.

Después de un corto «¡Buenos días!», dicho de prisa y a coro, todos aquellos animales tomaban a la vez la palabra para quejarse unos de otros. El burro acostumbraba a quejarse del ciervo, que no era tan retozón como él; el ciervo, por no nombrar a ningún presente, se deshacía en invec-

tivas contra el rápido crecimiento de los árboles, cuyas ramas bajas no le dejaban transitar a gusto con la cornamenta erguida; la liebre, de la ardilla, que se entretenía en tirarle piedrás al lomo; el jilguero, de los estridentes trompeteos del burro, que le estropeaban sus mejores trinos, y el pato, ¡croal..., se quejaba de todos juntos...

Pero Zueco-Rojo no les hacía ningún caso, porque además de conocerles a fondo sabía que todas sus discrepancias no eran sino estratagemas para retenerle a su lado. De modo que lo mismo que al anterior grupo, después de aguantarles un rato, les despedía de la misma manera:

—¡Fuera grupos!... ¡A paseol!

Los animales, contentísimos, se reconciliaban en el acto, y allí quedaban retozando y brincando con la misma algarrabía que los coleiales en día de asueto.

Pero por la tarde la escena cambiaba. A punto el sol de terminar su carrera y cuando ya sus rayos caían de soslayo alargando las sombras y dorando hojas, ramas y troncos, los enanos, gnomos, duendes y animales que habían terminado su trabajo o sus juegos, salían a esperarle al camino conocido y, rodeándole, le acompañaban hasta el Prado, en donde tomando todos asiento al pie de un viejo sauce contaban historias.

El lugar era que ni pintado. Corría el río murmurante a pocos pasos. Haces de apretados juncos dulcificaban la brisa, y ocupando una gran extensión en torno, rosales gigantes, clavelinas magníficas, tulipanes mostruosos, sencillas margaritas y modestas violetas, todas ellas conocidas y amigas de los presentes, completaban la reunión.

El que más historias sabía y más picarescamente las contaba era Tripón, el enano. Por eso, cuando él hablaba lograba al momento un silencio relativo de todos..., excepto del burro «Cometa», que, guasón de suyo, se entretenía en llevarles la contraria.

En efecto, cuando Tripón, tras un hermoso preámbulo, soltaba un chiste de los suyos, que hacían desternillar de risa hasta a los secos juncos y al sauce, «Cometa» abría su boca en un bostezo inacabable y desesperante; y cuando, por el contrario, se trataba de una hermosa y melancólica historia que hacía llorar a lágrima viva a las flores y toser a los presentes, «Cometa», consciente de su papel, empezaba a reír a grandes rebufos, sin que bastasen a interrumpirlos la indignación de los circustantes. La que más se sofocaba en estos casos era la rosa, que, roja de cólera y sin poderse contener, gritaba con toda intención un «¡qué burro estel!», que hasta desarrugaba el ceño del narrador, molesto por esta alegría extemporánea.

Pero «Cometa» era susceptible en alto grado, y acercándose con el hocico levantado y enseñando una doble hilera de dientes, decía con actitud nada tranquilizadora:

—¡El día menos pensado te voy a comer!

—¡Ven! ¡Ven!—decía la rosa—. ¡Si creerás que te temo, antropófago! ¡Acércate, que te voy a llenar el hocico de pinchos!

Cuando las cosas iban poniéndose feas y los animales

por una parte y las flores por otra parecía que iban a enzarzarse en una descomunal pelea, Zueco la terminaba con un tan seco «¡Se acabó!», que no había más remedio que obedecer.

El sauce aprovechaba la ocasión para colocar un sabio discurso acerca de la importancia de la moderación y la historia continuaba. Pero cuando el sol, econdido ya detrás de las altas y lejanas montañas apagaba sus rayos y las sombras iban poco a poco esfumando los árboles y las cosas, venían, como traídas de la mano por el ambiente misterioso de la tarde que concluía, las historias de brujas.

El jilguero, por no oírlas, daba un seco «¡buenas noches!», y huía con su inseparable amiga la ardilla a meter la cabeza bajo las sabanas de su nido. La liebre agachaba las orejas y emprendía, a compás del ciervo, una retirada estratégica. El pato se marchaba tarareando; las flores escondían su cabeza entre las hojas, fingiendo dormir, aun cuando estaban bien despiertas y escuchaban. Sólo el burro «Cometa» se entretenía paciando, pues, según afirmaba, estas cosas le aburrían.

—Son diez hermanas ciegas—decía Tripón—y hace poco que habitan en el bosque. No por faltarles un sentido tan importante como este de la vista son menos aptas para el mal, pues su Reina los tiene bien cabales y vé por todas ellas.

Las voces, antes fuertes y alegres, se confundían ahora con los mil murmullos del bosque.

—Yo sé dónde viven—decía Tin con la voz estrangulada—. Un día estaba yo...; pero ¿no oís?...

—Es la brisa que hace cantar a las hojas—decía Zueco.

—Pues digo que un día estaba yo partiendo leña cerca del Árbol Caído, cuando... ¡No! Lo que es ahora estoy seguro de haber oído algo.

—¡Bah! ¡Chocheces!—decía «Cometa».

Pero nadie le hacía el menor caso. Una rana, que llegó a saltos desde el cauce cercano, croaba burlonamente escondida entre los juncos:

¡Tienen miedo, rac!

¡Miedo tienen, rac!

¡Tienen miedo, rac!

En la antes tan concurrida reunión ya no quedaban ni enanos, ni gnomos, ni duendes. Y todos los animales, excepto «Cometa», habíanse retirado. Zueco recogía la vacía cesta, y acompañado de Tripón y Tin, que como jefe de los enanos se creían obligados a tener más valor, emprendían el regreso.

Al llegar al lindero del bosque siempre era ya noche cerrada y las despedidas eran cortas.

—¡Adiós, Zueco! ¡Ten cuidado!

—Vigilad también vosotros—respondía el muchacho. Y guiado por la brillante luz de las ventanas de su casita, corría y corría, perseguido por su propia sombra, que la luna naciente alargaba sobre el suelo.

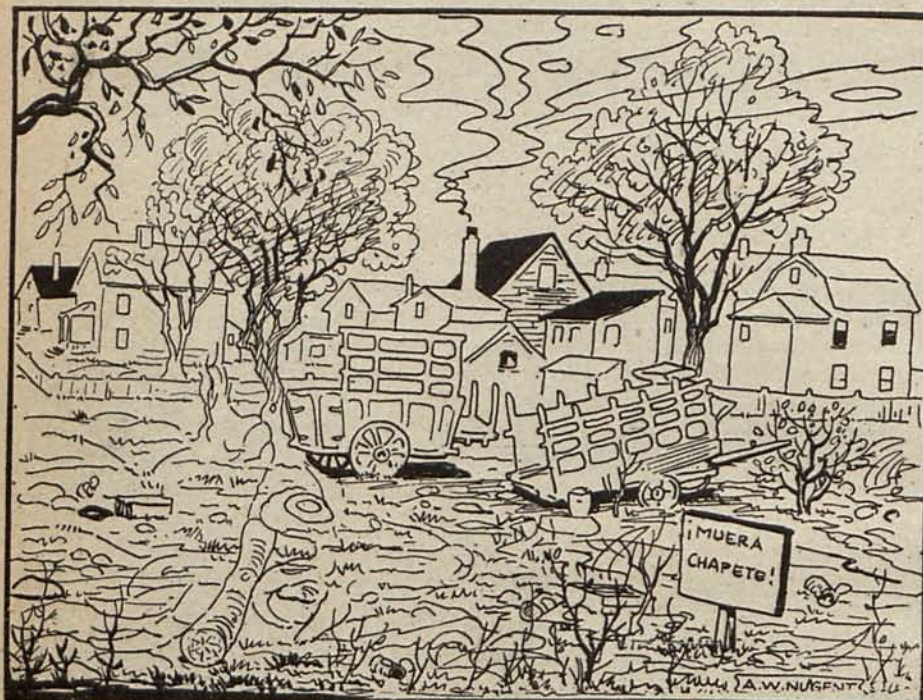
(Continuará)

Leed la continuación en ZUECO ROJO, tomo XXXVII de la BIBLIOTECA PERLA, PRIMERA SERIE, Su precio es de 6 pesetas (en cartón) y 7'50 (en tela), y se vende en todas las librerías y en Editorial "Saturnino Calleja", S. A., calle de Valencia, 28, Madrid.

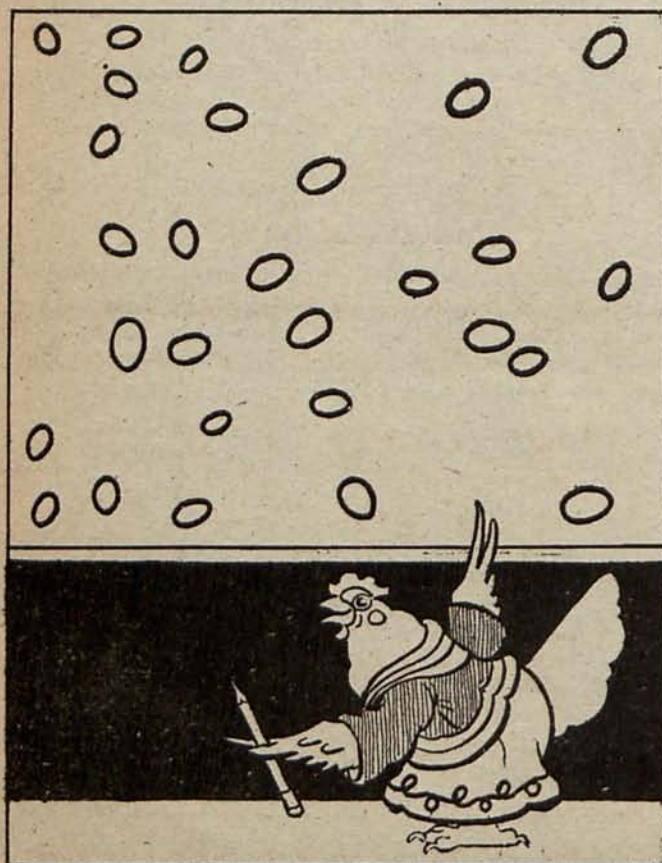
CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LAS CABRAS



LOS HUEVOS DE LA GALLINA



¿Que qué hace esta gallina con ese lápiz en la mano?... Quiere trazar tres líneas rectas que dividan el dibujo en siete partes iguales, de forma que en una parte haya un huevo, en otra dos, en otra tres, en otra cuatro, en otra cinco, en otra seis y en otra siete... ¿Cómo se las arreglará?...

¡Ayudadla, compasivos pinochistas! ¡Que no se diga que la galantería no es vuestra característica!

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE NOVIEMBRE **203**

Envío del Pinochista D.

Cabrita que tira al monte... —dice el refrán y eso dice el dueño de esta hacienda que aquí contempláis...; sin embargo, el dueño y el refrán están equivocados, porque las dos cabras que se han escapado de la hacienda no están en el monte, sino muy cerca de la casa. ¡Emulos de Sherlock-Holmes, a buscarlas!

DIBUJO CON ERRORES



Estamos consternados. Nuestro dibujante, el que en números y números fué dejando pasatiempos salidos de lo más profundo de su alma bohemia, se ha vuelto loco... Ayer se lo llevaron a Leganés... ¡Cómo lloraba el pobre!... Lo que no se le olvidó fué pedirme cuatro noventa que le debo desde que estuvimos juntos en Tokio. Este dibujo es una prueba de su locura. Tiene nueve errores.

CUENTOS EN POSTALES PARA ILUMINAR

CUENTOS EN POSTALES PARA ILUMINAR



Cada cuento tiene
doce modelos en
colores y doce
copias para
iluminar.

De cada cuento podéis sacar veinticuatro preciosas tarjetas postales; doce de ellas iluminadas por vosotros mismos. Los dibujos son muy bonitos. Pedidlos en la librería y veréis cómo os gustan mucho.

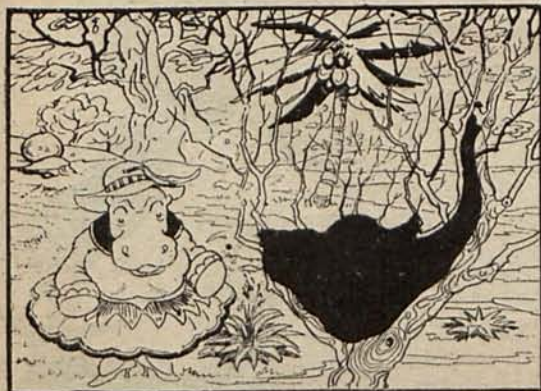
Cada cuento vale **1,50** pesetas. Si no los encontráis en la librería, pedidlos a la

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.

Calle de Valencia, número 28

M A D R I D

Final de las soluciones de los pasatiempos del mes de junio EN LA SELVA EN EL POLO NORTE



Sección Pirula



Y para estar con vosotras no se me ocurre nada mejor que daros algunas ideas que alegren aun más este día feliz y que os fuercen, al realizarlas, a pensar en vuestra Pirula. Me figuro que entre los regalos que, a petición vuestra, os han llevado los Reyes Magos, figurarán los divertidísimos álbums recortables de «Maña y Risa». Y entre ellos hay uno dedicado al comedor en el cual, amén de un juego precioso y de la lectura de varias cosas interesantes, habréis encontrado los detalles del ceremonial con que le eran servidas las comidas al rey Luis XIV de Francia. Pues bien, sería gracioso parodiar—en lo que cabe—aquella pompa, en la comida de nuestro rey, el rey—o la reina—del día de Reyes, el rey del haba. Lo primero que le hace falta al soberano es una corona; un rey sin corona no puede ser; claro que en la realidad, los soberanos que vemos retratados en las revistas ilustradas suelen aparecer más frecuentemente con un vulgarísimo sombrero de paja, de copa, hongo o flexible, que con una corona de brillantes. Pero en la fantasía, no puede suceder lo mismo que en la realidad; ¡cualquiera se imagina al padre de la Bella Durmiente, con jipi! Nuestro rey... de Reyes, tendrá pues corona, una magnífica corona de oro «o así», que confeccionaremos con cartón dorado, o con cartón blanco forrado de papel dorado. En esta página, os presento dos modelos estupendos; pero podéis variarlos hasta el infinito. Si colocáis en lo alto de los picos unas gruesas cuentas de cristal de color el efecto será deslumbrante regio de verdad. El rey—o la reina—no puede limpiar su augusta boca, embogotada de natillas o de chocolate, con una servilleta cualquiera, igual a las que usan los simples mortales. Habrá que hacerle una especial, de papel de color, con las orillas recortadas formando un fleco, y adornada con aplicaciones de papel de diversos colores, y con dibujos fantásticos e inscripciones entusiastas. Pero la principal es la copa: ¡Ah! la copa regia tiene que ser algo único y el acto de beber, de Su Majestad, algo sensacional, como lo era efectivamente el que el «Rey Sol» tuviese sed.

La copa requiere adornos de estrellas plateadas, que puedan pegarse exteriormente en el vaso o, mejor aún, pintarse con barniz cristal. Además la copa se colocará sobre un soporte para que atraiga las miradas de todo el mundo. Y cuando el efímero monarca coja la copa para llevarla a sus labios, en ese instante solemne, todo el mundo ha de ponerse en pie y exclamar repetidas veces: «¡El rey bebe! ¡El rey bebe!»

Lo más probable es que esto provoque en el rey un acceso de risa tal que no le sea posible sorber ni una gota de agua; y como la ceremonia debe reproducirse cada vez que coja la copa es fácil que deba por último resignarse a quedarse sin beber.

¿Acaso la realeza de un día, con todos sus honores, no valen el sacrificio de un vaso de agua?

Y otro sacrificio, también; en efecto, sabido es que el rey, o sea el que encuentra el haba, está obligado a costear otro roscón para la merienda, o para la cena, o para el día siguiente, según si el primero se come al mediodía, o por la tarde o por la noche.

Pero ser rey un día entero, ¡es tan divertido, tan honroso y tan agradable!; figuráos la de ventajas que esto acarrea; si el rey o la reina manda algo en la casa, a alguien de su familia o de sus amistades, todos están obligados a obedecer... siempre que les dé la gana, naturalmente.

Me gustaría que fuese reina, hoy, mi amigueta Lolín; así tendría una alegría más que añadir a las muchas que le trae este gran día: los regalos de Reyes, y el estreno de un adorable trajecito de chantún con lunares multicolores, cuello y pechera de organdi, y cinturón de charol rojo.

Y puesto que de comedor hemos hablado os diré que para... adornarlo...

Pero esto ya no tiene nada que ver con el día de Reyes, y por lo tanto os hablaré de ello el domingo que viene.



GALLIDO